

Después de aquella sangrienta ejecución, Moisés se retiró de nuevo sobre el Sinaï por espacio de cuarenta días, á fin de recibir allí nuevas tablas de la ley. Al bajar del monte, su rostro estaba radiante de gloria, y salían de su frente dos rayos de luz, por manera que se vió precisado á cubrir su cabeza con un velo para hablar con los hebreos, asustados por tan inusitado resplandor. Símbolo era este, aunque bajo formas mas sensibles y en mas vastas proporciones, de la trasformacion que se verifica en los hombres de génio ó de fé, cuando salen de comunicarse íntimamente con una grande idea de patriotismo ó de religion, y hacen resplandecer ante la multitud atónita todo el encanto de una palabra que reboza luz y amor, y que agita los pechos palpitantes de terror y de admiración, de entusiasmo ó de sacrificio.

Al promulgar su ley desde la cumbre del Sinaï, la robusteció Dios con una sancion que Moisés no dejó ignorar por cierto á los hebreos. Permaneciendo fieles, los ciudadanos y la nacion entera debian descansar en el seno de la mas hermosa y envidiable prosperidad. Estaciones favorables, un suelo siempre fecundo, frutos abundantes, la seguridad en la paz, la gloria en la guerra, dias prolongados y bellos, las bendiciones de Dios pasando de la cabeza de los padres á la de los hijos, tal era el precio prometido á la observancia de los divinos preceptos. Al contrario, extraviándose del sendero trazado por la ley, los individuos, las familias y el pueblo, incurrian en todo género de calamidades, las pesadumbres domésticas, los reveses de la fortuna, las agitaciones del alma, los extragos causados por el trastorno de los elementos, las discordias civiles, la guerra con el extranjero, el oprobio de las derrotas y la servidumbre. Y sobre todo, el hombre injusto se veia amenazado en el mas invencible de los sentimientos, el de la ternura paternal: la tempestad de las celestes venganzas, después de haber descargado sobre él y abreviado sus dias, debia extenderse tambien á las generaciones que de él saliesen. Las recompensas y las penas, las leyes religiosas, morales y políticas que las sancionaban, todo fué impuesto á los hebreos, como las

condiciones de un pacto que no podian contratar sin conocerle, respetando así Dios en el hombre la libertad con que le dotó, y teniendo por indigno de su grandeza todo homenaje falto de inteligencia y de voluntad. Concluyóse la alianza; y así empezó este pueblo que, poniéndose de un modo especial bajo la dependencia del Eterno, fué por Él protegido con especialidad, tomando en la historia del mundo un lugar tan admirable, y el título reservado de pueblo de Dios.

Por lo demás, los preceptos morales y hasta las disposiciones políticas y civiles se referian inmediatamente al dogma y al culto religioso. Todo se enlazaba estrechamente en el código dado á los israelitas: todo estaba conservado y garantido por el libro de la ley, cuyas letras de bronce nadie podrá borrar ni alterar, por las prácticas y ceremonias del culto público y privado, por un sacerdocio perpétuo, encargado de interpretar y de defender contra cualquier ataque las instituciones nacionales. Por disposicion de lo alto, fué establecido el sacerdocio con condiciones de perpetuidad, hecho hereditario y exclusivamente reservado á una de las doce tribus, que era la tribu de Leví. A mas, en esta tribu, la eleccion divina designó para sumo sacrificador á Aaron, mas digno por otra parte de estas importantes funciones que los demás levitas, por su talento, por su elocuencia y por los interesantes servicios que habia prestado.

Un año trascurria ya desde que el ejército] habia salido de Egipto y contaba siempre unos seiscientos mil combatientes. Toda esta muchedumbre considerable celebró la pascua ó el aniversario de su libertad al pié del Sinaï; después se retiró en buen orden del campamento, adelantándose por la direccion del Norte hácia la soledad de Pharan. Hobab, hermano de Séfora, no habia vuelto á Madian con Jethró, por lo que le dijo Moisés: «Vamos á partir hácia la region que Dios nos destina. Ven con nosotros, y tendrás parte en las riquezas prometidas á Israel.» Hobab se resistió á dejar su país y seguir á su pariente. «Yo te lo ruego, dijo Moisés, no nos dejes; tú conoces los lugares á donde

nosotros irémos á acampar en el Desierto, y nos servirás de guía y al llegar te darémos los mejores bienes que habrémos alcanzado." Mucho importaba á los hebreos el conocer los lugares; porque los movimientos de la columna trazaban únicamente la ruta que debia seguirse, pero sin dar la menor indicacion acerca de los recursos y los peligros que podian presentar el terreno y las tribus limítrofes.

Es indudable que Moisés, absorbido por tantas y tan graves atenciones, no podia contar un gran número de personas que pudiesen secundar sus planes: los obstáculos, apénas vencidos, renacian indefinidamente bajo formas diversas: los hebreos se lamentaban de la fatiga, del hambre, de la sed; empezaban á disgustarse del maná, veníanles á la memoria los pescados y las legumbres de Egipto, y echaban ménos cobardemente las viandas sazonadas de esclavitud. Murmuraban á menudo contra Moisés, y aun se rebelaron abiertamente contra él, quien encontró contradictores en su propia familia. Y realmente Dios, al declararse á favor suyo, descargaba sobre sus antagonistas castigos ejemplares y terribles. Sin embargo, el valor del caudillo hebreo desfallecia alguna vez, no pudiendo resistir al enorme peso de una empresa puesta á tan duras y prolongadas pruebas, hasta llegar un dia á desear la muerte. Y á la verdad ¿qué fuerza sobrehumana de voluntad no era necesaria para permanecer solo, durante cuarenta años, para servir de animada energía y de freno á una multitud pusilánime é indisciplinada, y de resorte siempre vibrante para impedirle el movimiento? ¿Qué fuerza para hacerle atravesar el abismo que separa su ignorancia y su debilidad del fin sublime que percibe en lontananza la mirada inspirada del creyente?

La nube que dirigia la marcha toca por fin la llanura solitaria de Pharan. Entónces, á súplicas del pueblo, envía Moisés doce guerreros para reconocer el país que se trata de conquistar. «Salid, les dice, por la parte del Mediodía, y en llegando á los montes, reconoced el terreno y su calidad; si el pueblo que habita aquellos lugares es fuerte ó flaco; si son pocos en número, ó muchos,

si tienen las ciudades con muros ó indefensas, si el suelo es fértil ó estéril, y si hay arbolados ó si están sin árboles, traédnos algunos frutos de la tierra." Los guerreros emplearon cuarenta dias en hacer su exploracion, desde el desierto de Sin hasta Rohob á la entrada de Emáth; y saliendo por la parte meridional subieron á Hebron, en donde siete años ántes fué fundada Tanais, ciudad y corte de los reyes de Egipto, antiguo teatro de los prodigios de Moisés. Y prosiguiendo el viaje, cortaron un sarmiento con un enorme racimo, el cual trajeron junto con granados é higos de aquel sitio. Y si bien ponderaron la fertilidad y abundancia de aquel país, hicieron una pintura tal de la fuerza y valor de aquellos naturales y de los peligros de la empresa, que infundieron temor y desaliento. Entónces la multitud asustada prorrumpió en sentidas quejas contra Moisés y Aaron. «Ojalá, decian, que hubiéramos muerto en Egipto, y plegue á Dios que perezcamos en estas inmensas soledades, ántes que entrar en ese país donde muramos al filo de la espada, y sean llevados cautivos nuestras mujeres é hijos. ¿No seria mejor nombrarnos un caudillo y regresar á Egipto?» De los doce emisarios, solo dos, Josué, hijo de Nun, y Caleb, hijo de Jefoné, procuraron con palabras de valor alentar los ánimos abatidos y sosegar la tormenta de aquellos espíritus inquietos. Mas no lograron otra respuesta que gritos de sedicion, y se vieron á punto de ser apedreados. En tan apurado extremo, intervino la voz de Jehová: «¿Hasta cuándo ha de blasfemar de mí este pueblo? ¿Hasta cuándo no ha de creerme, despues de tantos prodigios obrados á su vista?... Juro por mí mismo que os trataré segun vuestros deseos. Tendidos quedarán sobre este Desierto vuestros cadáveres. Todos los que pasan de veinte años y han murmurado contra mí, no pondrán su pié en esa tierra que yo os prometí daros por morada, excepto Caleb, hijo de Jefoné, y Josué, hijo de Nun. Allí haré entrar á vuestros pequeñuelos, de quienes dijísteis que serian la presa de vuestros enemigos. Por espacio de cuarenta años vagarán vuestros hijos por el Desierto, pagando la pena de vuestra apostasía, hasta que sean consumidos

en el mismo Desierto los cadáveres de sus padres." Estas palabras amenazadoras convirtieron la cólera del pueblo en un luto y llanto universal, y como la multitud suele siempre pasar de un extremo á otro, pasó de la confianza á la presuncion, y quiso forzar con las armas en la mano la entrada del país de Canaan. Mas el itinerario estaba irrevocablemente trazado, y los que se obstinaron en presentar batalla al enemigo, fueron vencidos y muertos en número considerable.

El decreto del destierro pronunciado contra los hebreos tuvo su puntual cumplimiento, conservándolos Dios aun treinta y ocho años alejados de la tierra prometida. Los vallados incultos de la Arabia devoraron toda la generacion maldita. Acamparon por largo tiempo al rededor de las montañas del Seir, ó de la Idumea, volviendo lentamente y por marchas irregulares hasta el pié del Sinaí, hácia el brazo oriental del Mar Rojo, para volver á ganar despues el país de Maob, al oriente del lago Asphaltite. En medio de tantas fatigas, levantóse mas de una vez el grito de la sedicion, y estalló por fin una conspiracion que tenia por gefe á Coré, de la tribu de Leví, sostenido por Dathan y por Abiron. Doscientos cincuenta de los magnates de Israel siguieron el partido de los revoltosos. Moisés, sin desconcertarse, aplazó á los conjurados para el dia siguiente á la puerta de sus tiendas. Allí advirtió á la multitud que se alejase de ellos y de sus familias, anunciando con una voz solemne, que iban á perecer con un género de muerte hasta entónces inaudito. Al instante se abrió la tierra bajo sus plantas, y fueron devorados, y una llama vengadora alcanzó é hizo perecer á sus partidarios.

Apesar de tantos prodigios obrados en su favor, la incertidumbre entró un dia en el alma de Moisés, cansado ya de la ingratitude y de las inculpaciones de los hebreos. Llególes á faltar el agua cerca del Cadés: «Habla á la piedra delante de ellos, dijo la voz de Jehová, y ella brotará agua viva." En vez de mandar al peñaseo, segun la orden terminante del cielo, Moisés la hirió por dos veces con su varilla con una especie de inquietud y de des-

confianza, y Aaron participó tambien de aquella debilidad. Y el anatema fulminado contra el pueblo extendióse entónces á los dos caudillos, los cuales quedaron asimismo condenados á terminar sus dias en el Desierto, junto al umbral vedado de aquella tierra tan vivamente y por tanto tiempo suspirada. Efectivamente, á poco tiempo recibió Moisés la orden de pasar con Aaron y Eleazar, hijo de Aaron, á la montaña de Hor. Allí partieron juntos: Aaron fué despojado de las insignias sacerdotales, que pasaron á su hijo, y despues espiró sobre la cumbre de la montaña. La nacion consagró á esta muerte un sincero llanto, pues aunque este pueblo versátil murmurase á menudo contra sus gefes en circunstancias difíciles, no dejaba por esto de apreciar sus eminentes calidades, y de pagarles de vez en cuando un justo tributo de respetuosa admiracion y de un amor acendrado.

Tocaba por fin á su término la prueba que el Señor habia destinado á los hebreos, que iban á entrar en el goce del descanso, pero no sin aquel postrero y penoso esfuerzo que determina los grandes resultados. Cuanto mas se acerca el término final, mas terribles se presentan las dificultades: las naciones, sentadas á la puerta del Canaan, se levantaron armadas para cerrar el paso. Despues de un ligero contratiempo, Israel, hollando victorioso muchos pueblos, pasó á levantar sus tiendas en las llanuras de Moab, no léjos de la ribera oriental del Jordan. El rey de Moab se puso de acuerdo con el rey de Madian, vecino suyo, para organizar la resistencia, y mandaron un célebre adivino de aquella comarca, llamado Balaam, á fin de detener á los invasores con el poder de sus maldiciones. Llegó Balaam al campo de los moabitas, pero sus palabras se convirtieron contra la mision que le habia sido confiada. Tres veces salieron de sus lábios, en lugar de imprecaciones funestas, acentos de admiracion y de profecías gloriosas para los hebreos. Descubriendo desde lo alto de una montaña las ordenadas falanges y la militar actitud de las tribus, y obedeciendo á un impulso irresistible, anunció que este nuevo pueblo se extenderia como un torrente; que saldria de Jacob una estrella rutilante: y

que un vástago de Israel heriria á los gefes de Moab, someteria la posteridad de Seth, y tendria la Idumea bajo su imperio. «¡Oh cuán bellos son tus tabernáculos, Jacob, y tus pabellones, ¡oh Israel! Aparecen como vallados de árboles frondosos, huertas regadas con el riego fecundo de los rios, tiendas que el mismo Señor ha fijado, cedros plantados junto á las corrientes puras. Fluirá perenne el agua de su arcaduz, y su descendencia caerá como las corrientes copiosas..... Devorará Israel á los pueblos sus enemigos, les desmenuzará los huesos y los atravesará con sus flechas. Su sueño será como el del leon, á quien nadie osará despertar. El que te bendijere será bendito, y maldito el que te echare su maldicion.» Sin embargo de todo esto, Balaam propuso luchar contra los israelitas, pero no abiertamente sino con astucia, comunicando con ellos á título de amigos, atrayéndolos á fiestas licenciosas, y enervándolos y domándolos con el aliciente del placer. Siguióse realmente tan infame política, que en verdad no hubiera tardado en hacer á los hebreos presa vergonzosa de sus enemigos, á no mediar la severidad de Moisés, el cual mandó matar á los que cayesen en la disolucion, atacar al ejército madianita, y despues de la victoria hacer perecer sin piedad á las mujeres que tan eficazmente habian coadyuvado á los perversos designios de sus compatriotas. Los cinco gefes principales de la nacion, y Balaam su consejero, fueron pasados al filo de la espada. En aquellos momentos críticos y de inflexible severidad, pasaron escenas lamentables. Acampado el pueblo en Settím, prevaricó con las hijas de Moab, las cuales les convidaron á sus sacrificios. El amor á los placeres introdujo la idolatría entre los hebreos. Beelfegor fué adorado de los hijos de Israel, sobre aras infames. Pero tronó la ira del Señor. Moisés levantó patíbulos á la luz del sol, de donde colgaban á los culpables: el hierro de la venganza divina perseguia y sacrificaba los abrazos impuros. Finées, nieto de Aaron, sepulta el puñal en el pecho de dos víctimas sorprendidas en el crimen. Y esta terrible vindicta detuvo el brazo del

Señor. «Tanta sangre fué menester se derramase para aterrar á los indígenas y desalentar la resistencial»

El último dia de Moisés se aproximaba. «Tu vas á subir á la montaña de Nebo, le dijo Jehová, y desde allí echarás una ojeada sobre el país que destino á los hijos de Israel, y despues volverás á juntarte con tu pueblo para morir, como hizo Aaron, porque vosotros me ofendísteis junto á Cadés en el Desierto de Sin.» Suplicaba Moisés para que se alzase tan sensible prohibicion: deseaba ardientemente el ver las aguas del Jordan, las ricas colinas y los fértiles valles de Canaan, y el gracioso Líbano, siempre verde y ameno bajo un cielo de perpétua primavera; pero Dios permaneció inflexible, y le designó un sucesor en la persona de Josué. «Toma al hijo de Nun, este guerrero lleno de discrecion y de sabiduría, é impónle las manos delante del gran sacerdote Eleazar y delante de todo el pueblo, marcándole la senda que debe seguir, y revístele con todas las insignias del poder y que toda la asamblea se ponga á sus órdenes.....» Moisés manifestó á los hebreos estas palabras, les presentó públicamente á Josué como á su futuro gefe, invistiéndole ya desde aquel momento de una parte de la autoridad suprema. Y es su honor inmortal el haber concluido su carrera tal como la habia recorrido, con el mas completo desinterés. Fiel en todo á la ley, nunca se le vió ni faltar al espíritu de las instituciones para aumentar su propio poder, ni sacrificar los intereses de la nacion á cálculos de interés doméstico. La eleccion de Dios fué su regla invariable, de la cual nada pudo desviarle. Tan raro y tan puro sentimiento le guiaba cuando, sintiendo su próximo fin, en lugar de establecer en favor de su familia y de su tribu la herencia del poder, indicó para sucederle á Josué, de la tribu de Efraim, que no le era ni pariente ni allegado, y le concilió la confianza y el respeto del pueblo, haciéndole admitir como al elegido de Jehová.

A tan delicado sentimiento debe atribuirse tambien la oscuridad política en que Moisés, gefe poderoso y obedecido, dejó á sus dos hijos: y el silencio casi completo en que Moisés, historiador y poe-

ta, ha dejado la vida de Séfora. Priscindiendo de las circunstancias que hemos ya referido, la modesta mujer cuya gloria está toda en el nombre de su esposo, desaparece enteramente de la tan detallada relacion de la expedicion de los hebreos, y de su largo viaje. Déjase bien conocer que el pensamiento del grande hombre ha traspasado el círculo demasiado estrecho de las íntimas afecciones, y que si prescinde de un objeto lejitimamente querido, pero circunscrito é individual, es para alcanzar y abarcar todo un pueblo que lleva en sí propio los destinos de todo el linaje humano, y cuya indestructible existencia y extraño carácter deben permanecer á la faz de los siglos como un testimonio de la veracidad de Dios. Así la mano laboriosa que á la vista y por órden de la Providencia alzaba el edificio de este pueblo monumental, no se ha tomado un momento para erijir á Séfora el mas humilde mausoleo, diciéndonos á lo ménos que murió. El conjunto de la historia da márgen á conceptuar que Séfora se extinguió en medio de los desiertos de la Arabia, con aquella generacion condenada, que por sus ingratas murmuraciones quedó excluida de la tierra prometida.

Entretanto el anciano profeta reunió todas sus fuerzas para terminar útilmente sus trabajos de cuarenta años, y poner su obra ya tan poderosa por sí misma, bajo la guarda de las ideas y de los sentimientos mas capaces de dominar el alma de un pueblo, y de prepararle grandes destinos. A presencia de la multitud, evocó los recuerdos de lo pasado, extendió su mirada profunda sobre los tiempos futuros, y pronunció con voz elocuente y terrible promesas y amenazas, que despues en otras épocas fueron reconocidas como decretos que Dios mismo habia puesto en los lábios de su confidente. «Si permanecis dócil á los preceptos de la ley, dijo á Israel, serás colmado de bendiciones..... Los enemigos que contra tí se levanten, caerán delante de tus ojos: vendrán á atacarte por un camino, y huirán por siete..... Todos los pueblos de la tierra te temerán: Dios derramará sobre tí la abundancia..... Abrirá el cielo sus ricos tesoros para dejar caer á su tiempo la

lluvia fecundante sobre tus campos..... Mas si no sigues la voz de Dios, cargarán sobre tí las maldiciones..... marcando tu frente, como la de toda tu posteridad, con el signo de la indignacion divina. Por arriba, el cielo será de bronce, y por abajo, el suelo de hierro..... Dios te echará por tierra delante de tus agresores, y serás tú entónces el que irás á ellos por un camino, y huirás por siete..... Él te enviará un enemigo para reducirte al hambre, á la sed, a la desnudez, á la última miseria, y para humillar tu cabeza, bajo un yugo que te aplastará. De una region lejana, del extremo de la tierra se desplomará sobre tí como una águila en raudó vuelo una nacion cuya lengua no conoces, nacion altanera y dura que no guardará respeto al anciano, ni tendrá piedad á tus hijuelos. Ella devorará el fruto de tus afanes..... ella reducirá á pavesas tus ciudades, y hará desplomar estas murallas elevadas y fuertes donde yacia tu confianza..... Tú serás dispersado sobre toda la faz de la tierra, cautivo y postrado ante dioses desconocidos, dioses de madera y de piedra, que no vieron tus antepasados. No hallarás reposo en parte alguna, ni aun encontrarás en donde poner la planta de tus piés. Bajo la mano de Dios tu corazon palpitará de espanto, enjutos tus ojos, desgarrada tu alma de angustias, tu vida como en suspenso. Temblando noche y dia, incierto de tu existencia, dirás á la mañana: ¿veré yo la tarde? y á la tarde: ¿veré acaso la mañana? ¡Tanto terror oprimirá tu alma, tantos horrores contemplarás al rededor de tí!”

En este solemne momento Moisés hizo renovar á los hebreos el juramento de fidelidad hecho al Eterno; prescribió á los sacerdotes el leer públicamente la ley cada siete años en la fiesta de los tabernáculos, y pronunció aquel célebre cántico, que todo Israel debia retener en su memoria, y repetir como un compendiado relato de los beneficios de la Providencia.

Cielos, oidme: ¡oh tierra! escucha atenta

Mis últimos acentos. ¡Oh! si fuese

¡Cual rocío mi voz, que sosegado

Humedece la tierra ya sedienta;  
 O como blanda lluvia, que cayese  
 De las nubes, despues del abrasado  
 Estío, sobre campo bien labrado!  
 ¡Si pudiese mi canto por do quiera,  
 Cual turbion, penetrar, que cubre el suelo,  
 Y desecho el terron y roto el hielo,  
 Fecundiza y alegra la pradera!  
 ¡O cual gota que cae sobre el grano,  
 Reblandecer el corazon humano!  
 Tu nombre, ¡oh Dios! invoco: el estro inspira  
 Al pecho mio, que á cantar ya empieza:  
 Atiende, ¡oh pueblo! y su grandeza admira.

Admira de las obras de sus manos  
 La perfeccion; la rectitud sincera  
 De su conducta fiel; el cumplimiento  
 De sus promesas; justo en sus arcanos,  
 Sin malicia ni dolo. ¿Y quién pudiera  
 Creer, que de pecar atrevimiento  
 Sus hijos, de tan alto nacimiento  
 Indignos ya, tuviesen y manchasen  
 Su nobleza con manchas tan oscuras;  
 Raza fatal, ingratas criaturas,  
 Que de un origen tal degenerasen?  
 ¿De esta manera pagas, pueblo nécio,  
 A tu Dios y Señor con tal desprecio?  
 No sabes que es tu padre, y que comprada  
 Fué tu nacion por Él, y que Él te hizo  
 Y creó, porque quiso, de la nada?  
 De los dias antiguos haz memoria:  
 Cada generacion, una por una,  
 Observa atento, ó á tu padre mismo  
 Pregunta; él te dirá tu triste historia.  
 Pregunta á tus mayores; que ninguna

Cosa te ocultarán. En el abismo  
 Y ciega confusion, que el barbarismo  
 Soberbio de los hombres altaneros  
 Trajo á la comun lengua, y en naciones  
 Los dividió el Señor; sus posesiones  
 De tal modo arregló, que los primeros  
 Fueron los hijos de Israel contados,  
 Para ser á su tiempo colocados;  
 Pues Jehová separó su pertenencia,  
 Y la familia de Jacob querida  
 Fué la medida de su propia herencia.

En espantoso y hórrido desierto  
 De vasta soledad al pueblo amado  
 Encuentra; y por larguísimo rodeo,  
 Conduciéndolo vá, porque inexperto,  
 Sea á nuevas costumbres enseñado,  
 Y á nuevo bien levante su deseo.  
 Él en toda la marcha al pueblo hebreo  
 Guarda como á las niñas de sus ojos.  
 Cual águila caudal que de la altura  
 Rápida baja, y atraer procura  
 Con blando vuelo, sin les dar enojos,  
 A sus polluelos, que del aire vano  
 A fiarse no osan; él, humano  
 Siempre y dulces sus alas extendiendo,  
 Valor les dando, y despreciando asombros,  
 Los va sobre sus hombros conduciendo.  
 Solo Jehová por sí les conducia,  
 Sin que agena deidad lo acompañara.  
 En elevada tierra establecidos  
 Por Él son, donde mas produce y cria  
 Frutos natura con largueza rara,  
 Y bienes por el hombre apetecidos;  
 Donde en hueco peñaseo contruidos,  
 Dulces panales la oficiosa abeja

Le presenta, y aceite delicado  
 El verde olivo en pedregal plantado.  
 La fuerte vaca y la lanuda oveja  
 Con tierno queso y leche regalada.  
 Enriquece su mesa, y la cebada  
 Carne que cria el pasto basaneo;  
 Pan de flor, vino puro y esquisito  
 Su apetito contentan á deseo.

Harto y cebado así, de bienes lleno,  
 Recalcitró este pueblo tan querido:  
 Abandonó á su Dios, y, mal pecado,  
 Cual indómito bruto taseó el freno.  
 Del Dios que lo ha criado y redimido,  
 Se ha desleal é ingrato separado:  
 ¿Y qué esperar de un pueblo tan malvado?  
 Ponen en su lugar ajenos dioses;  
 Con sacrilego celos lo provocan;  
 Abominables ídolos invocan,  
 Irritándolo osados y feroces.  
 No á Dios, á los demonios adoraron;  
 Sacrificios humildes dedicaron  
 A númenes que nunca conocieron:  
 Nuevos dioses que allí recién traídos,  
 Desconocidos á sus padres fueran.

Tú al Dios que te dió el sér, cuando no eras,  
 Vuelves la espalda: tú te has olvidado  
 Del Señor que te hizo de la nada.  
 Pues Jehová que vé, de mil maneras  
 Como lo han á ira provocado  
 Sus hijos y sus hijas con malvada  
 Rebelion; su ira ya colmada,

Dice así: «Ya no mas mi rostro vean:  
 “Yo se lo esconderé, mientras atento  
 “De un principio tan áspero y violento

“Observaré los fines, cuáles sean.  
 “¿Generacion perversa! ¡hijos infieles!  
 “Hánme querido dar celos crueles  
 “Con un dios nuevo y vanas necesidades:  
 “Pues yo daré, vengando mi desprecio,  
 “A un pueblo nuevo y nécio sus ciudades.  
 “Mi furor, ya encendido en vivo fuego,  
 “Arderá del infierno en las entrañas;  
 “Devorará la tierra, y cuanta cria  
 “Planta feroz; y propagado luego,  
 “Prenderá en la raiz de las montañas.  
 “Plagas en ellos lloveré á porfía  
 “Hasta que apure de la aljaba mia  
 “Las agudas saetas. Hambre dura  
 “Haré que los consuma, y á bocados  
 “Por carnívoras aves devorados  
 “Serán con dolorosa mordedura.  
 “Conjuraré los dientes de las fieras  
 “A que los exterminen. De rastreras  
 “Sierpes y basiliscos, de tal suerte  
 “Este suelo infeliz estará lleno,  
 “Que respire veneno, estrago y muerte.

«Muerte y estrago encontrarán dó quiera  
 «Niños, doncellas, jóvenes y ancianos:  
 «El espanto en su casa y la pavora,  
 «Y el sangriento cuchillo por afuera.  
 «¿Y dónde están ahora esos insanos,  
 «Diré yo; en qué ha parado su locura?  
 «Yo haré que de ellos ni aun memoria óscura  
 «Entre los hombres quede. Pero luego  
 «La soberbia feroz de sus contrarios  
 «Me detiene; pues sé que temerarios,  
 «En vez de atribuirme á mí la gloria,  
 «Cantando como suya la victoria,